

CRISTIANDAD



64 RAZON DE ESTE NUMERO

constitución de la República romana. ¿Qué sentido encerraban estos acontecimientos? La contestación por parte de los que han fraguado, siempre tras los bastidores, la Revolución, no necesita ni mucho menos de una interpretación.

Piccolo Tigre, a quien ya hemos tenido ocasión de presentar a nuestros lectores, (Vid. núm. 53) escribe: «Y no se trata de una revolución en esta o la otra comarca, cosa que se logra siempre que bien se quiere, para dar con toda seguridad muerte al mundo antiguo hemos creído que debía de ser extirpado el germen católico y cristiano, y vos, con la audacia del genio os habéis ofrecido para herir en la frente, armado con la honda de un nuevo David, al Solio Pontificio...»

Pío IX, Vicario de Cristo en la Tierra en la época de aquellos graves sucesos, hace historia de las vejaciones a que estuvo expuesto y del inicuo despojo de los más legítimos derechos pontificios.

«... las calles regadas con sangre humana, los sacrilegios nunca bastante deplorados que se cometieron, y la de todo punto inaudita violencia que con nefando atrevimiento se cometió contra Nos en el palacio del Quirinal. Por lo cual, oprimido con tantas angustias, no pudiendo desempeñar libremente nuestras funciones ni como Príncipe ni como Pontífice, no sin gran amargura de nuestra alma tuvimos que alejarnos de nuestra Sede.»

No se pueden añadir párrafos más elocuentes. Que sirvan de presentación y de introducción a este número que, como todos los de la serie dedicada a Pío IX, creemos que merece la atención de nuestros lectores, a fin de cuentas nuestra época no se halla tan distante de aquella como parecen indicarlo los cien años transcurridos.

El **Editorial** lleva por título, **Aloysius Stepinac**.

Siguen a continuación los artículos:

La huida a Gaeta, por Fernando Serrano y Misas (págs. 390 a 393); **Excomuni3n de los que han participado en la condena de Mons. Stepinac** (pág. 393); **La República Romana**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 394 y 395); **Gaeta devuelve el Papa y Roma a la Cristiandad**, por Luis Luna (págs. 396 a 398); **«Vosotros los que me acompañasteis durante los días de prueba...»**, por Luis Creus Vidal (págs. 399 a 401); **Pío IX. Documentos pontificios. 1849-1850**. (págs. 402 a 404).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday.



I
Anuncie Ud.
I
en **CRISTIANDAD**
I

CRISTIANDAD
REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCION:

Anual 48'00 ptas.
Semestral . . 24'00 ..

Número ordinario: 2'50 ptas.

RAZON Y FE

REVISTA HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

Publicada por Padres de la Compañía de Jesús

Redacción: Pablo Aranda, 3

Administración: Plaza Sto. Domingo, 15

MADRID

CRISTIANDAD

NÚMERO 64 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

15 Noviembre de 1946

Druz, 1, 1.º - Teléfono 25676
MADRID

ALOYSIUS STEPINAC

Hace poco el mundo entero, católico y no católico, se ha estremecido de indignación a la vista de la farsa de proceso seguido contra el Arzobispo de Zagreb y Primado de Yugoslavia.

Pastor celoso, amante de su pueblo y de su grey, para los que tuvo los mayores desvelos y atenciones, defensor incommovible del bien y censor constante de lo malo en cualquiera de sus manifestaciones, por efecto de la revolución hoy imperante en su país, con figuraciones de democracia y actuaciones de demagogia dictatorial, se ha visto en el trance de sufrir inícuas acusaciones, encarcelamientos, comparecer en el banquillo de los reos comunes y recibir como consecuencia la injusta sentencia que le condena a una serie de años de trabajos forzados, todo ello pese a su fundada defensa, a la refutación por falsedad de las imputaciones y a la sobrada razón de sus argumentos, pues, como muy bien se ha dicho, más que a la persona a quien se pretendía enjuiciar era a la propia Iglesia católica.

¡Vano esfuerzo de todos los tiempos!

Valladar terrible contra la revolución, hoy igual que hace cien años, contra ella se dirigen las iras de ésta.

Se confunde la libertad con el derecho al crimen y se pretende defender la independencia nacional con la carencia de todo yugo moral. La virtud pasa a ser norma impuesta por un poder extraño y a ella se opone la corrupción de costumbres.

La demagogia pretende arruinar un edificio cuya belleza admiraron y aplaudieron los siglos. ¿Qué pensará construir en su defecto?, ella misma lo ignora. El plan de reconstrucción no está previsto. La única consigna dada es: ¡Arruinar!, ¡destruir!

Nada de cuanto sucede en ese desdichado país es nuevo, es la historia de siempre, es la repetida manifestación de la eterna lucha entre las fuerzas del Mal y la Iglesia invencible.

Ahora es este Arzobispo, hace cien años era el propio Papa, el Jefe de la Cristiandad quien fué objeto de toda clase de oprobios y vejaciones por parte de similares sicarios de la revolución. También Pío IX era todo bondad, amor y caridad para con sus súbditos, y de la misma manera, en la progresiva concesión a los elementos liberales, insaciables, respondieron siempre a tales concesiones y benevolencias con nuevas exigencias, hasta llegar a tenerle prácticamente prisionero y proyectar asesinarle y despojarle de sus derechos

Por ello el conocimiento de estos hechos es de actualidad renovada y aleccionadora. Exponerlos es el fin que nos proponemos, siquiera sea sucintamente, en el presente número.

Por medio de él CRISTIANDAD se une al clamor universal por la injusticia cometida, dedicándolo expresamente para honrar al perseguido Ministro de la Iglesia, Monseñor Stepinac.

Pío IX salió triunfante de sus perseguidores, y la luz de la Verdad no dejó de alumbrar un solo instante. Los «Círculos populares», Sterbini, Ciceruacchio, el Príncipe de Canino, Mazzini y otros, todos sucumbieron y desaparecieron, mientras el sucesor del Pontífice sigue sentado en la silla de Pedro.

Pueden perseguir, encarcelar y anhelar destruir. Su esfuerzo será vano siempre y efímero su triunfo aparente. Las fuerzas del Mal nunca prevalecerán contra la Iglesia.



La huída a Gaeta

«Todo el mundo sabe bien cuán grande fué el cuidado y solicitud de nuestro amantísimo corazón para procurar la verdadera y sólida utilidad, tranquilidad y prosperidad a los pueblos de nuestros Estados Pontificios, y cuál fué el resultado de tanta indulgencia y amor.»

(Pío IX. - Alocución de Gaeta, 20 abril 1849)

¡Desgraciado del gobernante que posee un gran corazón y paternal se deja llevar de sus dictados!, máxime si el pueblo ingrato que haya de regir obra instigado por los elementos sectarios. Todas sus bondades no serán sino base para nuevas e incabables peticiones.

Bien lo expresa así el propio Pío IX en su alocución a la nobleza romana el 26 de diciembre de 1874, cuando en explicación retrospectiva, decía:

“La revolución nació en apariencia, tímida, aduladora y obsequiosa mostróse hasta hipócrita y engañó a muchas personas honradas, sorprendiendo su buena fe... Pidió y alcanzó cuanto lícitamente podía concedérsele, y cada vez que recibían una merced los revolucionarios, atronaban los vientos con sus plácemes y aplausos; después acudían con nuevas exigencias...”

Hasta la saciedad habían podido apreciar los romanos cuán grande era el grado de dulzura de aquel corazón. Unas veces era la ayuda anónima a la viuda afligida, otras era el consuelo al niño que llorando hallara a la puerta de Palacio, o el auxilio prestado al judío moribundo que, abandonado de todos, encontrase postrado en la calle. No quedó forma de manifestación de la caridad que no fuera ejercida por el Pontífice.

Y sin embargo, el pueblo ciego e insaciable seguía obrando con arreglo a los planes de sus propulsores revolucionarios.

Preliminares

Flotaba aún en el ambiente la emoción producida por el asesinato del ministro Rossi, cuando el 16 de noviembre de 1848 tuvo lugar el intento de asalto al Palacio del Quirinal.

Contra el populacho, armado hasta con un cañón, tan sólo había un centenar escaso de miembros de la valiente y leal guardia suiza, mandados por el Capitán-Comandante Leopoldo Meyer de Schauensée, cuyo nombre expresamen-

te citamos para honrar su heroico comportamiento. A ellos prestaba su apoyo moral el cuerpo diplomático que con digna decisión acudió, pese a lo grave de los momentos, a rodear al Padre Santo.

Eran éstos: El Duque de Hartcourt, Embajador de Francia; el señor Martínez de la Rosa, Embajador de España; el Conde de Spaur, Ministro de Baviera; el señor De Migueis-Venda da Cruz, Ministro de Portugal; el Conde de Boutenieff, Ministro de Rusia; el señor Liedekerke, Ministro de Holanda; el señor Figueireiro, Encargado de Negocios del Brasil; el señor de Maistre (1), Secretario de la Legación de Bélgica, y el señor Canitz, Secretario de la Legación de Prusia. Como puede verse, la representación de las principales naciones de entonces. Brillaron también, pero sólo por su ausencia, el representante del Piamonte (2), y Lord Minto, el flamante enviado del Gobierno inglés, quienes, por contraste, honraban a los clubs revolucionarios con su asidua asistencia.

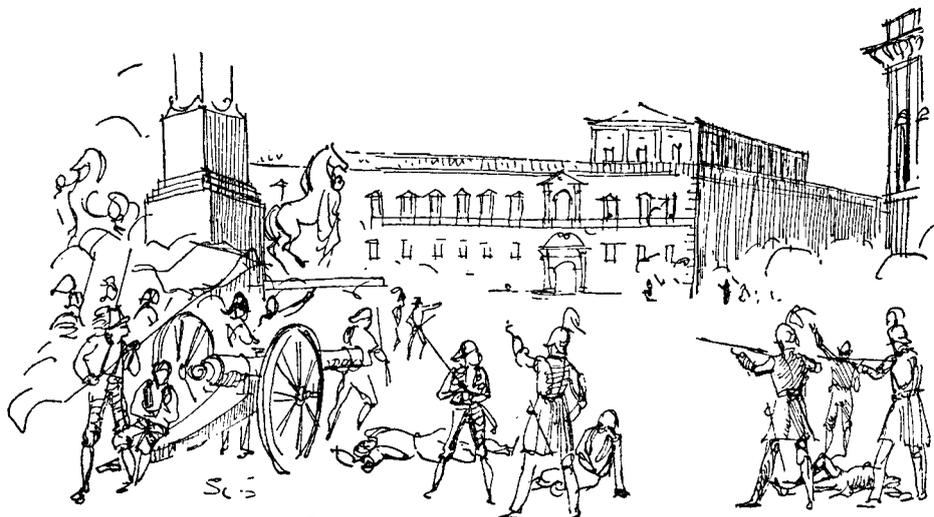
De muy buena gana habrían rechazado los valientes suizos a los asaltantes, pero el Papa, deseoso de evitar derramamientos de sangre, les prohibió hacer fuego ni actos de violencia. Recibió una comisión de los revolucionarios y, terminada la entrevista, expuso a los representantes de las potencias su último sacrificio, *sufriendo* el gobierno que se le proponía y manifestando aquel *Non plus ultra* en sus concesiones.

Una de las primeras disposiciones del nuevo ministerio fué, a instigación del Príncipe de Canino, decretar el desarme de la guardia suiza, es decir, quitar al Papa sus últimos y más fieles defensores.

Pío IX hubo de consentir este nuevo desacato; empero los suizos se mostraron dignos de su historia; al comunicárseles la orden contestaron: “Jamás; estamos aquí para la defensa del Papa y seremos una roca. En cuanto a las armas si *la canalla* las quiere que venga a tomárnoslas. Moriremos con ellas si es preciso y sólo las depositaremos, si se nos exige, a los pies de nuestro Soberano. Los suizos

(1) Suponemos que será un error del autor de la cita, ya que el Conde de Maistre no se hallaba en aquel entonces en Roma, y si lo estaba el señor de Metter, quien seguramente sería el que acudió.

(2) Este país ya tenía concebidos sus planes de unificación, en desarrollo de los cuales veía con agrado y apoyaba indirectamente la acción de los revolucionarios.



Ataque al Quirinal

del Papa sucumben pero no se deshonran. Si el Papa nos pide las armas tuyas son, y las depondremos a sus plantas".

Así lo hicieron y, desarmados, fueron relegados al Vaticano. Mientras la *guardia cívica* tuvo el descaro de montar guardia, no sólo en todas las puertas del palacio, sino al pie de las escaleras, y hasta en las antecámaras del Pontífice, a guisa de esbirros que tenían confinado al Vicario de Cristo en sus habitaciones privadas. El turno de centinelas recaía siempre sobre la chusma de los rebeldes peores y más desalmados, quienes espiaban la cosa más pequeña para luego informar a sus superiores de cuanto allí ocurría.

El Sumo Pontífice había pasado a ser un simple prisionero.

Decisión de huir

Los Cardenales, perseguidos, unos habían tenido que huir, acudiendo a los más variados ardidés y disfraces; otros se hallaban sitiados en sus residencias.

El Papa se hallaba aislado de todo trato con sus auxiliares en el gobierno de la Iglesia. En esas circunstancias era prácticamente imposible continuar.

Entonces los enviados diplomáticos de los Monarcas, tras consulta con el Cardenal Secretario de Estado, fueron del parecer que no había solución más conveniente para evitar al Papa aquellas angustias, que hacerle cambiar de residencia, en secreto.

Titubeaba éste; por una parte temía que su partida fuera causa de que las turbas se desbordasen en rapiñas, sangre y horrores de toda especie; por otra, supo que para el día 27 estaba señalado otro motín cruel, con el fin de forzarle a renunciar formalmente a su soberanía, y que corría verdadero peligro de muerte, pues se habían juramentado para asesinarle.

Un pequeño acontecimiento le sacó de tal incertidumbre. El 19 de noviembre llegó de Francia un paquetito con una carta de monseñor Chartrousse, Obispo de Valence, en el Delfinado. En el envoltorio le enviaba el pequeño *pyvide* que, pendiente del cuello y encerrando el Santísimo Sacramento, llevara Pío VI en su viaje de destierro a Valence. En ello vió el Papa marcado el designio de la Providencia y luego de larga oración, quedó decidido a partir. Así se lo comunicó al día siguiente al Cardenal Antonelli, y al Conde de Spaur quien se ofreció incondicional para acompañarlo hasta Gaeta, donde un buque español le había de esperar para conducirlo a las Baleares (3), pues tales eran los deseos del Pontífice.

Salida de Roma (4)

Tuvieron larga conferencia el Conde de Spaur y el Duque de Hartcourt, y en ella convinieron la forma mejor de llevar a cabo el delicado asunto de conducir al Papa a Gaeta sin novedad.

Poco a poco fué sacando, el primero, escondidos bajo su capa, los objetos más necesarios, que encerraba en una caja de caudales en su habitación. Previamente había prevenido a su esposa, dentro de la mayor reserva, de cómo habían sido escogidos para salvar al Vicario de Cristo.

Merece referencia especial esta valiente y decidida se-

(3) Hechos fortuitos impidieron la llegada oportuna de ese buque. Vid. CRISTIANDAD núm. 60, «Sorprendente iniciativa de España».

(4) Discrepan algunos autores al referir los detalles de este histórico momento. A fuer de españoles nos sentiríamos inclinados a aceptar la versión del General Fernández de Córdoba, quien asegura que única y exclusivamente cupo la gloria de conducir sano y salvo al Pontífice, al Secretario de nuestra Embajada, González Arnao. En contra de éste se halla la relación de Vilarrasa, Balleydier y Bellerini. El testimonio de este último es particularmente interesante y digno de tenerse en cuenta, pues se apoya en el relato escrito por el P. Bresciani, que fué corregido por el propio Papa. En consecuencia a él nos atenemos.

ñora, comparable con la mujer fuerte que nos describe el libro de la Sabiduría. Era francesa de nacimiento, hija del Conde Giraud, y una de las más distinguidas damas de Roma.

Cavilando sobre el grave peligro en que se encontraba Pío IX, aquella misma mañana le había dicho a su esposo:

—Yo no soy más que una mujer; no obstante, si se me confiara el negocio de la salvación del Papa presumo que lo llevaría a feliz éxito.

Cabe suponer su emoción cuando por la noche el Conde le dijo:

—¿Recuerdas lo que esta mañana me insinuabas respecto a la salvación del Pontífice?

—Perfectamente—contestó ella.

—Quizá la Providencia te designe un papel en este importante drama. ¿Te sientes decidida?

—Estoy pronta, habla, ¿qué debe hacerse?

—Partir mañana por la mañana para Albano con tu hijo y su ayo.

—¿Y luego?

—Esperarme allí.

—Te aguardaré.

No perdió el tiempo para preparar el viaje. A fin de justificar su partida dijo a los criados que la motivaba el



Fuga de Pío IX

matrimonio de una princesa de Baviera con un hijo del Rey de Nápoles. Preparó los baúles, llenó de oro sus borceguies, forró de diamantes sus vestidos, preparó sus pistolas, que manejaba con gran habilidad y a las 6 de la mañana, habiendo pasado casi toda la noche en oración, dió la orden de partir para Albano.

Conforme con cuanto habían convenido, a las cinco de la tarde del 24 de noviembre, con toda ostentación, en gran carroza precedida de hachones, llegaba el Duque de Hartcourt al Quirinal y solicitaba ser recibido por Pío IX. Concedida audiencia, tras de besar el pie del Pontífice, éste se retiró a su cámara para desnudarse del hábito pontificio; calzóse zapatos negros, tomó un pantalón oscuro, púsose un levitón negro, se cubrió la cabeza con un ancho sombrero, y se tapó los ojos con antiparras. Tras arrodillarse unos minutos ante el crucifijo de su dormitorio, salió.

¡Con qué inmenso dolor no se despojaría de aquellas blancas vestiduras!

Le acompañaba Philippani, su criado fiel. Con una vela en la mano, sigilosamente salen por una puerta escondida, atraviesan los pasillos del Conclave. Al llegar a la portezuela que debía darle salida a la calle surge una contrariedad, ¡la puerta está cerrada!

Con los nerviosismos que son de suponer, habían olvidado abrirla; mientras el Papa pasó los minutos de angus-



Vista de Gaeta

tía en oración. Franqueado el obstáculo, un coche esperaba, y entonces nuevamente una imprudencia pudo echar por tierra el plan. Un palatino que allí aguardaba, al abrir la puerta del coche y bajar el estribo, se arrodilló; presto el Santo Padre le dijo:

—¿Qué haces? Levántate si no quieres que nos vean los guardias.

Salió por fin. En la Puerta de las *Cuatro Fuentes* le esperaba un carruaje. Subió a él; varios soldados se acercaron e hicieron algunas preguntas, pero no lo reconocieron.

—Adiós, señor cura, dijo Philippani, en alta voz, para que le oyeran y cerrando la portezuela partió el vehículo, mientras aquél regresaba al Quirinal.

El Duque de Hartcourt entre tanto fingía dialogar en voz alta con el Pontífice, sin que los espías que escuchaban tras la puerta advirtieran la variante de voz. A las siete entró un Prelado con varios papeles como para despachar. A las siete y media entró el ya citado Philippani con el servicio de la cena. Por último el Duque, salió de la estancia advirtiendo a los guardianes que Pío IX, ligeramente resfriado, acababa de acostarse y estaba descansando.

¡Los carceleros del Papa no habían advertido la estratagemata!

Incidencias del viaje

Conducía el coche el propio Conde de Spaur. Pasado Ariccia se detuvo en una fuente junto a la carretera de Nápoles, cerca del santuario de Galloro, donde había de tener lugar el encuentro con la Condesa.

Bajó el Papa y no habrían transcurrido unos minutos, cuando se presentaron cinco carabineros de los que vigilaban aquella vía. Al verles preguntaron quiénes eran. El Conde respondió:

—Soy el Conde de Spaur, Ministro de Baviera; voy a Nápoles por asuntos de mi Soberano.

Indagadores o deseosos de entretenimiento, luego de haberles dado las gracias el Ministro por su ofrecimiento de escolta, no se movieron de allí. El Papa se había apoyado en una estacada al borde del camino y esperaba tranquilo. Luego de un buen rato, apareció en lontananza la carroza de la Condesa.

Es de imaginar el sobresalto que tendría al ver al Papa y a su marido con dos carabineros a los lados; estuvo para perder el sentido. Pero pronto se rehizo y al detenerse junto a ellos el coche, dirigiéndose al Papa, le increpó con acento firme:

—¡Vaya señor doctor, que os hacéis bien esperar!; ¡nadie podrá corregiros nunca vuestra cachaza!

Ayudaron los carabineros a subir al Santo Padre, que se sentó en el fondo de la berlina, junto a la Condesa; subieron los demás y se reanudó la marcha.

Perdonadme, Santísimo Padre, exclamó ésta, perdonad a vuestra indigna sierva si la necesidad le obliga a obrar así y le proporciona asiento, que no merece, a vuestro lado.

—En este día, respondió el Papa, sois uno de los instrumentos, de los cuales ha querido servirse la Providencia para cumplir sus designios. Al ver la emoción de la Condesa, añadió, refiriéndose al *pyxide* de Pío VI, que llevaba: “Nada temáis, señora, porque Dios va con nosotros”.

En Fondi hubieron de parar para echar agua a un eje que por efecto de la forzada marcha se había recalentado. Uno de los postillones, al ver al Santo Padre, con sorpresa, dijo a sus camaradas:

—Mira cómo se parece ese abate al retrato del Papa que tenemos en casa.

Con el natural espanto oyó éste tales palabras, quizá recordando idéntico suceso que le ocurriera a Luis XVI en Montmedy, el cual fué causa del fracaso de su huida.

Afortunadamente no pasó de ahí el incidente, y el oro abundante que el Conde derramaba hizo olvidar bien pronto a los postillones la semblanza.

Reanudóse el viaje y a las siete de la mañana, cerca de Terracina le fué notificado al Pontífice que acababa de traspasar la frontera, y se hallaba a salvo. Entonces levantando los ojos al cielo y dando gracias a Dios por su divina protección, con todo el fervor de su corazón entonó el *Te Deum*, acompañado por los demás.

Llegada a Gaeta

A las nueve y media de la mañana hacían su entrada en esta población. Con ánimo de hospedarse allí se dirigieron al palacio episcopal.

Era obispo de Gaeta Monseñor Paricio, quien aquella misma mañana había partido para Nápoles a fin de asistir en sus últimos momentos a un hermano moribundo.

Al presentarse Su Santidad, de aquella guisa vestido y el Cardenal Antonelli con traje seglar, Daniel, el criado del Obispo, les manifestó la imposibilidad de recibirles.

Fué completamente inútil que insistieran diciendo la profunda amistad que les unía con su amo y alegaran lo que éste sentiría el haber perdido ocasión de albergarles. El criado se mantuvo firme.

—Si nos conocierais, dijo el Papa, os apresuraríais a recibirnos.

—Precisamente porque no os conozco mantengo mi negativa; el palacio de un Obispo no es una posada.

Empero, Monseñor Paricio me conoce perfectamente, dijo el Papa.

—Será así, contestó el criado, mas yo confieso que nunca os he visto por esta casa y cuento que soy antiguo en ella.

Así fué como el Sumo Pontífice tuvo que ir a alojarse en una humilde posada llamada del *Giardinetto*, sita en la Plaza Conca.

En su aposento, en presencia de sus compañeros, elevando sus manos, exclamó con David (5):

“Alargóme el Señor desde lo alto su mano, y me asió, y sacóme de la inundación de tantas aguas. Libróme de mis poderosos enemigos y de cuantos me aborrecían, porque se habían hecho más fuertes que yo. Echáronse sobre mí en el día de la angustia; empero el Señor se hizo mi protector. Sacóme a la anchura; salvóme por un efecto de su buena voluntad para conmigo”.

Desde David nadie había podido repetir con más exactitud aquellas palabras:

“Señor tú me libraste de las contradicciones del pueblo.

Los hijos míos se han vuelto como hijos bastardos, me faltaron a la fidelidad.

Mas Tú me ensalzarás sobre los que se levantan contra mí”.

* * *

Habiaseles reunido en la última etapa del viaje el Secretario de la Embajada de España, González Arnao. Una vez en Gaeta, partió para Nápoles, a fin de prevenir al Rey Fernando II de la llegada del Papa, el Conde de Spaur, llevando los pasaportes de aquél y dejándole a éste los acreditativos de Ministro de Baviera.

Al cumplimentar al Comandante de la fortaleza, Brigadier General Gross (6), el señor Arnao, tuvo lugar un nue-

(5) Psalm. XVII.

(6) Como detalle revelador del carácter y disciplina de este militar citamos la siguiente anécdota:

Mandaba el fuerte de Palermo durante la rebelión de Sicilia. Por su extrema fi-

vo y gracioso incidente que se relata en otro artículo de este número.

Digna de todo elogio fué la actitud de aquel Monarca al recibir la carta del Pontífice que le llevara el Conde.

Levantado a media noche por este motivo, entró radiante en la cámara de la reina, que se hallaba acostada, y de los hijos que ya dormían.

—¡Arriba!—gritó—. ¡Pronto! El Papa está en Gaeta; tenemos que ir a postrarnos a sus pies.

Luego envió a los mayordomos de palacio, a los guardarropas y tiendas a comprar paños blancos para que el Papa pudiera ponerse su hábito, seda carmesí para las estolas y encajes de Flandes para los sobrepellices. Sacó de los armarios medias de seda blanca, camisas finísimas de holanda, sábanas, manteles, colchas caladas, pieles de lobo y de armiño para sobrecamas, pieles de oso y pantera para el suelo y cortinajes para los balcones. Además preparó las vajillas más hermosas de oro, plata y porcelana, candelabros y arañas.

Embarcó con su familia, y tropas para rendir honores y prestar guardia al Papa, en los dos vapores más rápidos de la escuadra, y salió para Gaeta.

Allí dispuso para el Papa su palacio, donde éste se instaló, pasando él a ocupar uno más pequeño, inmediato. El recibimiento que le dispensó el Pontífice fué un sublime espectáculo difícil de describir. Postrado el rey a sus pies, le ofreció todo: su persona, su familia y todo su reino.

Pío IX gozó al ver en Fernando un hijo tan devoto y humilde y bendecía a Dios que, en cambio de sus angustias, le había deparado tan cordial acogida de aquella corte cristiana.

La bendición del Papa, emocionado, descendió sobre todo el pueblo y las tripulaciones de los barcos.

Fernando Serrano y Misas

delidad, antes de entregar el fuerte a los rebeldes lo hubiera volado con todos los soldados y él el primero, a no haberle impuesto el Rey la orden de salir y embarcar para Nápoles. Al llegar allí y decirle el Rey:

—Estoy muy contento de vos.

Respondió el general:

—Pues yo no lo estoy de vuestra Majestad, que me ha hecho salir de la plaza confiada a mi fidelidad.

Excomuni3n de los que han participado en la condena de Mons. Stepinac

Londres, 14.—El Vaticano anuncia oficialmente, según comunican de Roma, que han sido excomulgadas todas las personas que hayan participado de modo directo en la condena dictada contra monseñor Stepinac, arzobispo de Zagreb, y primado de Croacia. La declaraci3n de excomuni3n hecha por la Sagrada Congregaci3n del Concilio, dice así:

“La acci3n jur3dica mediante la cual el arzobispo de Zagreb, monseñor Stepinac, fué arbitrariamente detenido por orden del Tribunal civil de Yugoslavia e injustamente condenado, ha causado profunda impresi3n en todo el mundo cat3lico y en la sociedad civil.

La Iglesia prevé la defensa de sus sagrados pastores y, sobre todo, de la libertad y la dignidad, mediante tres artículos del C3digo de Derecho Can3nico, por los cuales se incurre en excomuni3n por aquellos: 1) que lleven ante un juez secular a un arzobispo u obispo especialmente si es su propio prelado; 2) que cometan actos de violencia contra un

arzobispo u obispo; 3) que obstaculicen directa o indirectamente el ejercicio de la jurisdicci3n o poder eclesiástico, sirviéndose para tal fin de cualquier poder secular.

Las excomuni3nes se reservan según los casos y en forma especial a la Santa Sede. La Sagrada Congregaci3n del Concilio, que tiene a su cargo la inspecci3n de la disciplina del clero y del pueblo cristiano, no halla en dichos delitos ninguna circunstancia que disminuya su gravedad sino más bien agravantes, principalmente por la alta dignidad de la persona agraviada.

En vista de ello, declara por la presente acta que todos los que han concurrido física o moralmente en la perpetraci3n de los delitos anteriormente mencionados o fueron necesariamente colaboradores, han incurrido en las citadas excomuni3nes, a las que seguirán sujetos hasta que hayan obtenido la absoluci3n de la Sede Apost3lica.”—EFE.

(De “La Vanguardia”, del día 15 de octubre)

La República Romana

La noticia de la huida de Pío IX a Gaeta, que fué conocida en Roma el día 25 de noviembre de 1848 por la mañana, llenó, momentáneamente, de consternación al Gobierno que tantas presiones había ejercido sobre el Pontífice para que accediera a sus designios. Comprendieron inmediatamente las graves consecuencias que para ellos tendría la pérdida de un valioso rehén y además la conmoción que se produciría en el mundo católico al saber que el Papa se había visto obligado a abandonar su capital para librarse de las presiones que restaban independencia a su autoridad espiritual y de las amenazas que pusieron su vida en grave peligro.

Pero se rehicieron pronto y comenzaron por declararse gobierno legítimo, apoyándose especialmente en la nota que el Pontífice había dejado para el marqués Sacchetti, intendente de palacio, encargándole notificara su partida al ministro Galletti y para que le encomendara la custodia de los palacios apostólicos y del personal a ellos adjunto.

Como los buitres a la carroña así acudieron los profesionales del motín a Roma en cuanto tuvieron noticia de la situación. Llamado por los dirigentes acudió Mazzini y algo más tarde Garibaldi con un cuerpo de unos 2.000 voluntarios.

Entre tanto en Roma se realizaban una serie de actos para excitar el entusiasmo de las turbas y así el 27 de noviembre se celebraba un acto religioso en honor de los vieneses caídos en las barricadas durante la revuelta de aquel año. El célebre P. Ventura cantó las excelencias de la revolución, asimilando sus mártires a los de la fe y anatematizando al Emperador de Austria, al Rey de Nápoles, a los demás príncipes. Este discurso, que se imprimió a expensas del Gobierno romano, fué condenado por la Congregación del Índice.

Se mandó al Papa una comisión invitándole a que volviera a Roma, pero fueron retenidos en la frontera y expulsados por la policía napolitana, lo que excitó aún más los ánimos de los extremistas, que acordaron la convocación de la Asamblea constituyente para el 5 de febrero del año siguiente, previa elección. Faltaban menos de dos meses.

El primero de enero de 1849, Pío IX en un *Motu Proprio* calificó la reunión de las Constituyentes como un acto de rebelión y atentado sacrílego contra la autoridad del Papa, prohibió toda participación en las elecciones y declaró que según los decretos de sus predecesores y de los Concilios, en especial del Sagrado Concilio de Trento, todos los temerarios usurpadores de la autoridad del Pontífice habían caído en excomunión mayor. Vincenzo Lumacchi, penetró en Roma disfrazado, llevando un ejemplar del *Motu Proprio* que fué reproducido en una imprenta clandestina y difundido por la ciudad. Algunos párrocos, especialmente valerosos, se atrevieron a leerlo desde el púlpito.

En vista de ello nuestro antiguo conocido el tribuno popular Ciceruacchio, el que al hablar hacía esconder la faz a Cicerón, enrojecida de vergüenza al verse tan extraordinariamente superado, preparó una gran manifestación, precedida de una cruz, cubierta con un paño negro y con sombreros rojos, mientras detrás, en dos filas, los manifestantes cantaban el *De profundis* y el *Miserere*, interrumpiéndolos de vez en cuando con los gritos "Abasso i preti! Viva la

Costituente!" a guisa de antífonas. En Via Frattina se detuvieron delante de una cloaca, se postraron, entonaron el *Libera me Domine*, arrojaron a ella un ejemplar del *Motu Proprio* poniendo luego encima un letrero con la inscripción "Depósito de la excomunión", prosiguiendo luego hasta el Tiber, donde arrojaron los rojos sombreros de Cardenal.

Las elecciones para los representantes de la Constituyente fueron un éxito. En Sinigaglia, con 27.500 habitantes, hubo 200 votos, en Frascati, 90, y de éstos, 52 en blanco, y así sucesivamente. Tan sólo en Roma sobre 60.000 electores se obtuvieron 23.000 votos, si bien más de una tercera parte eran a favor de Pío IX, del P. Roothan, General de los jesuitas, o para San Pedro. Uno de los elegidos fué Mons. Muzzarelli, luego ministro de Negocios Extranjeros, prelado de corte y traidor.

Los liberales europeos que tal revuelo habían organizado por todo el mundo cuando la justicia papal condenó a muerte a los asesinos Targhini y Montanari, callaron, con gran cuidado, al ser condenados y ejecutados 53 soldados que querían escapar a Gaeta. ¡Naturalmente que el castigo de estos "desertores" no podía ser más justo y merecido!

La Asamblea constituyente, más o menos representativa (más bien menos que más) se reunió puntualmente el día 5 de febrero. El día 8, en medio de un gran entusiasmo oficial, y por 120 votos entre 142, se declaró la República Romana, y fué aprobado el siguiente decreto:

Art. 1.º Se declara al Pontificado caído de hecho y derecho del gobierno temporal del Estado Romano.

Art. 2.º El Romano Pontífice tendrá todas las garantías necesarias para el ejercicio de su potestad espiritual con toda independencia.

Art. 3.º La forma de gobierno del Estado Romano será la democracia pura y tomará el glorioso nombre de República Romana.

Art. 4.º La República Romana mantendrá con el resto de Italia las relaciones que exija la nacionalidad común.

Es interesante la declaración del abogado consistorial Carlos Armellini:

"Desposeído el Papa de toda autoridad, dominio, jurisdicción y señorío temporal del Estado de Roma, viene este Estado a recaer en el pueblo romano, verdadero señor de sí mismo, fuente de toda autoridad, principio de todo dominio, esencia de toda ley: la República que reconoce al pueblo por su Dios, y a él le consagra todo su culto, será su fiel sierva; por él los Padres conscriptos verterán hasta la última gota de su sangre".

Las campanas de San Pedro y los cañones de San Angelo anunciaron y celebraron el feliz alumbramiento de la novel República. Pero pese al celo de las comadres la recién nacida se presentaba poco viable y por doquier era observada con ceño. Todos los gobiernos habían retirado sus representantes enviándolos a Gaeta, y en Roma tan sólo se hallaban algunos cónsules, mimados cuidadosamente por el ministro de Negocios Extranjeros, Mons. Muzzarelli.

En Francia Drouyn de Lhuys, respondió, a una manifestación en la Cámara, manifestando claramente que el gobierno francés deseaba el retorno del Papa a Roma. España preparaba la nota de que se ha hablado en el número 60. En la misma Inglaterra, el mismísimo Palmerston,

que tanto había apoyado a los clubs (1), aconsejaba la paz con el Papa.

El 5 de marzo llegaba a Roma, con pasaporte suizo, José Mazzini, que al día siguiente se sentaba en el sillón de presidente de la Asamblea Nacional, y el 18 era nombrado triunviro junto con Armellini y Saffi. En realidad su nombramiento equivalía al de dictador, puesto que los otros dos no eran más que figuras decorativas y hechuras del patriarca del puñal.

En vista de que la situación era cada día más desfavorable para la flamante República y aumentaban las posibilidades de guerra, se tomaron las medidas de rigor en tales casos. Estas medidas fueron, entre otras: recoger la moneda de oro y plata substituyéndola con papel, declarar los bienes eclesiásticos propiedad del pueblo, confiscar los caballos de los palacios apostólicos y de la guardia noble, despojar a las iglesias de la plata y oro para acuñar moneda (que naturalmente no se acuñó) y de las campanas y otros objetos de bronce para fundirlos y fabricar cañones. Los que hemos vivido la revolución española podemos observar que la única originalidad de la misma, aparte su mayor salvajismo (que por algo en un siglo hemos progresado una barbaridad) consistió en el estímulo a la fabricación familiar de tanques. Claro que en 1849 no se conocían, pues de lo contrario es muy posible que Mazzini hubiese mandado poner unos cartelones en las esquinas con un tanque de x toneladas aplastando una tiara y un montón de coronas reales.

Se asaltaron y saquearon los conventos, "en nombre de Dios y del pueblo", cometiéndose numerosos asesinatos; especialmente frecuentes eran los de sacerdotes: Callimaco Zambianchi, en su checa, asesinó más de 90; Asti, en Ancona, 54, y en Sinigaglia la "congrega dell'inferno" suprimía a cualquier indeseable por la suma de 30 escudos.

Las hermanas de la caridad de los hospitales fueron expulsadas y substituidas por prostitutas de la casa de corrección de San Miguel, lo que arrancó a Pio IX un grito de dolor y de indignación. Más tarde los revolucionarios procuraron desmentir este hecho.

El palacio de la Inquisición, símbolo de la intolerancia y de la crueldad religiosa, donde millares y millares de patriotas habían hallado muerte cruel, donde centenares y centenares gemían en duras cadenas, fué asaltado. Se halló un solo preso: un sacerdote detenido por delito de estafa.

El día de Pascua de Resurrección (8 de abril de 1849) los triunviros tuvieron el deseo de oír Misa en el altar papal de la Iglesia de San Pedro, en el cual sólo puede celebrar el Papa o el Decano del Sacro Colegio Cardenalicio, autorizado por una bula. Los canónigos de San Pedro se opusieron al capricho pero el gobierno exigió, se adornó suntuosamente la gran Basílica y un apóstata suspendido a *Sacris*, llamado Spola, asistido por el P. Ventura (2) y el P. Gavazzi, celebró la Misa, ocupando la presidencia el pontífice Mazzini, con la banda tricolor, asistido por los otros dos triunviros, los miembros de la Asamblea Nacional y cuatro cónsules: suizo, toscano y dos americanos. Al final se dió la bendición con el Santísimo al pueblo y al ejército.

El diario oficial *Il Monitore Romano* daba cuenta de la fiesta, la nueva Pascua, y terminaba diciendo: "Faltaba, y no por culpa nuestra, el Vicario de Cristo; ausente él, res-

(1) Véase CRISTIANDAD, núms. 45 y 53.

(2) Este P. Ventura es el que fué amigo de Lamennais y que se cita en el núm. 41 de CRISTIANDAD. Más tarde se arrepintió de sus extravíos, fué perdonado y murió en el seno de la Iglesia.



Mazzini

taba el pueblo y Dios. A los dos días un decreto del gobierno multaba a los canónigos de San Pedro por no haberse prestado a la mascarada; la multa era de 120 escudos, sobre un sueldo de 144 anuales, según tarifa señalada por el mismo gobierno.

Pero el fin de la flamante República Romana se aproximaba. Los ejércitos franceses, austríacos, españoles y napolitanos rodeaban poco a poco el Estado Romano para restablecer la autoridad pontificia. Las controversias entre los gobiernos retardaron el momento de la acción seria y los medios insuficientes fueron causa del fracaso de las tropas francesas en el primer asalto a Roma. Lo que elevó hasta el rojo blanco el entusiasmo de los mazzinianos y garibaldinos. Ya se habló de esto en el núm. 60 de *Cristiandad*.

Siguieron las negociaciones de Fernando de Lesseps con los triunviros al paso consiguiente de las operaciones de sitio por parte de los franceses, con el consiguiente escándalo de los católicos de todo el mundo, hasta que al final, rotas las negociaciones, se volvió a los cañones. Reforzados los franceses emprendieron seriamente el asedio de la capital, mientras Wimpffen con los austríacos, Fernández de Córdoba con los españoles y el Rey de Nápoles con los suyos, ocupaban los territorios que se les había señalado, restableciendo en todas partes el gobierno pontificio.

Mazzini ordenó que durante el asedio de Roma estuviera expuesto el Santísimo, constantemente, en todas las iglesias.

Los franceses fueron ocupando lenta y metódicamente la ciudad y la situación de los revolucionarios se hizo insostenible. Mazzini resignó sus poderes el 30 de junio, y con pasaporte inglés salió de Roma. Garibaldi salió también con sus voluntarios y después de diversas aventuras fué a parar, temporalmente, a América. Ciceruacchio y su hijo cayeron en manos de los austríacos y fueron fusilados.

El 3 de julio, por la tarde, los regimientos del general Oudinot, ocupaban la Ciudad Eterna. La República Romana había terminado.

D. Sanmartí Font

Gaeta devuelve el Papa y Roma a la Cristiandad

«En la ingratitud de nuestros hijos...»

Pío IX había llegado a Gaeta a las nueve y media de la mañana del venturoso día 25 de noviembre del fatídico año de 1848. Su traje (pantalón oscuro, levitón negro, ancho sombrero redondo) había ayudado a guardar en el incógnito su regia y santa personalidad, que no quería dar a conocer hasta hallarse en sitio seguro, desde el cual dirigir, con entera libertad e independencia, la reconquista de Roma para la cristiandad.

Se instaló en un palacio de Gaeta cedido por la magnanimidad de Fernando II. El rey y su familia se instalaron en una casa provisional contigua al palacio pontificio. En Gaeta el Papa había recobrado su libertad: la cristiandad volvía a tener a su jefe supremo con el pleno ejercicio de su autoridad divina e infalible. Ahora se trataba de reconquistar Roma para que su Obispo reinara allí nuevamente dirigiendo y cuidando a la grey cristiana de todo el orbe.

Entre los primeros actos de Su Santidad en Gaeta cuéntase la manifestación de su gratitud a aquellos que habían contribuido a su salvación. Hízolo al Obispo de Valence en un emocionado escrito en el que decía: "Los designios de Dios, de los cuales nos hablabais en la carta que acompañaba el precioso objeto que nos enviasteis y que nos recuerda la memoria de Pío VI se han llenado en Nuestra persona. Durante nuestro corto viaje de Roma a Gaeta, en donde permanecemos temporalmente, hemos usado el pequeño viril, experimentando mucho consuelo y fuerza al colocar la sagrada hostia sobre nuestro pecho".

Pocos días antes de escribir esta carta Pío IX se hallaba todavía en Roma, cautivo en su propio palacio, custodiado por la Guardia Cívica revolucionaria, vigiladas sus acciones, espiadas sus conversaciones (1).

Ahora, ya en Gaeta, había de manifestar su gratitud a aquel solícito Obispo que, con su envío, le había determinado a poner a salvo su sagrada persona. Su gratitud la había de extender también a los Embajadores de España y de Baviera, al primero por su entereza en defenderle frente a los demagogos y al segundo por haber sido su protector en su huida: a ambos les concedió la Gran Cruz de la Orden de Pío IX, reservada a escasísimo y contado número de personas.

Junto a estos actos de agradecimiento realizaba Pío IX los primeros actos del gobierno de la cristiandad desde Gaeta. Fechada el 27 de noviembre, se dió a la publicidad la primera protesta pontificia de los vejámenes y atropellos sufridos en Roma: "Las violencias ejercidas contra Nos estos últimos días, y la manifiesta voluntad de precipitarse a otros excesos... nos han obligado a separarnos momentáneamente de nuestros súbditos que hemos amado y amaremos siempre. Entre los motivos que nos han determinado a semejante separación, y Dios sabe cuán dolorosa es para nuestro triste corazón, el más importante es el de poder tener completa libertad en el ejercicio del poder supremo de la Santa Sede..."

Así comenzaba aquel primer escrito de Su Santidad en Gaeta. Y continuaba, diciendo: "En la ingratitud de nuestros hijos, reconocemos la mano del Señor que nos hiere, queriendo que expiemos los propios pecados y los de nuestros pueblos... No, no podemos dejar de protestar contra

la inaudita y sacrilega violencia de la cual hemos sido objeto... Hemos sido oprimidos por la violencia, y de consiguiente Nos, declaramos todos los actos que han sido consecuencia de aquella, nulos, de ningún valor y fuerza legal".

Nombraba luego una Comisión Gubernativa que cuidase del gobierno de Roma en su ausencia y terminaba pidiendo oraciones "por Nuestra humilde persona y para el restablecimiento de la paz en el mundo, y particularmente en Nuestros Estados y en Roma, donde se hallará siempre Nuestro corazón, cualquiera que sea la parte del redil donde nos abriguemos".

Así se expresaba Pío IX, el Papa todo bondad, el Papa "liberal". Muy lejos habían ido los revolucionarios para obligar al Papa a la huida y adoptar tal actitud. Pero más lejos irían todavía. Prueba de ello es la respuesta que dieron al anterior escrito pontificio, del cual dijeron oficialmente que "no tiene carácter alguno de autenticidad ni de publicidad regular". ¡Es que querían que la Autoridad del Papa, instituida por Dios, fuese constitucional!

«Pío IX trae el encargo de derrocar al ídolo»

Un paréntesis en nuestra narración. Un pequeño alto en el camino para recordar y meditar. Para recordar a la Francia de Luis XVI, la Francia revolucionaria, la Francia que en su propio Rey, en sus mismas transigencias y concesiones, halló al hombre que avivó el fuego de la mecha encendida de la Revolución. Y la Revolución avanzó. Y cuando la Revolución avanza no hay fuerza humana capaz de detenerla: lo arrolla todo y lo arrastra todo tras sí. Y la Revolución, que tanto debía al mismo Rey hizo subir a Luis XVI al cadalso y segó su vida.

Recordemos a la España de Isabel II, la Reina sentada en el trono por la Revolución. La Revolución, con ella, avanzó. Pero la Revolución barrió también a Isabel de su pedestal triunfante, destronándola. Un nuevo cadalso pudo haberse levantado en España, pero ¡suerte tuvo Isabel II de haber nacido mujer!

Meditemos también en los acontecimientos de Italia que venimos reseñando. A Pío IX la Revolución le proclamaba entusiásticamente Papa liberal. Y si Pío IX no lanza a tiempo su "¡No puedo! ¡No debo! ¡No quiero!" la Revolución hubiera sido un nuevo pueblo judío crucificando al Vicario de Cristo.

¿Pero fué Pío IX liberal? Nuestro Balmes define certemente en pocas palabras cuál era la empresa de Pío IX: "Conceder a la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso". Y a ellas conviene añadir otras de Donoso: "El gran propósito de Pío IX es hacer independiente y libre a la Iglesia, libre e independiente a la Italia: es emancipar, pacíficamente y a un tiempo mismo, la sociedad civil y la sociedad religiosa: es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y del orden".

Pío IX no fué jamás liberal. Pío IX era Papa y sabía lo que la Iglesia, en el orden temporal, podía conceder a su época. Pío IX era Soberano y sabía lo que su Autoridad de Príncipe podía conceder a su época. Abrió los brazos a las nuevas ideas imperantes y quiso coordinar y conjugar el nuevo espíritu con el espíritu de los principios sabios y divinos de la Iglesia.

Pero los liberales interpretaron mal la actuación de Pío IX. Creyeron que con él su Revolución triunfaría sin obstáculo alguno, al amparo de la misma Iglesia. Y dieron

(1) Sobre estos hechos véase el artículo *Huido a Gaeta*.

rienda suelta a su Revolución; pero muy pronto aparecieron los designios tenebrosos de las sectas secretas: el lobo disfrazado de oveja enseñó sus garras. Y la Revolución avanzó... "Había en Roma, ya no le hay, sobre el Trono más eminente, el varón más justo, el varón más evangélico de la tierra. ¿Qué ha hecho Roma de ese varón evangélico, de ese varón justo? ¿Qué ha hecho esa ciudad en donde han imperado los héroes, los Césares y los Pontífices? Ha trocado el Trono de los Pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde a Dios, ha caído bajo la idolatría del puñal. Eso ha hecho. El puñal, el puñal demagógico, el puñal sangriento, ese es hoy el ídolo de Roma. Ese es el ídolo que ha derribado a Pío IX. Ese es el ídolo que pasean por las calles tropas de caribes, ¿Dije caribes? Dije mal: que los caribes son feroces, pero los caribes no son ingratos... Es necesario que el Rey de Roma vuelva a Roma; o que no quede en Roma, piedra sobre piedra". (Donoso Cortés, discurso en el Congreso, 4 enero 1849).

Pero Pío IX lanzó a la Revolución su reto, su "non posumus". Y el "Syllabus", condenando al Liberalismo aún en su forma católica, mostró a su época y a la posteridad, cuál era la auténtica doctrina de la Iglesia. Y entonces fueron realidad las palabras que un año antes de los sucesos de Roma escribiera Donoso, cuando todavía el gran vidente no había abjurado por entero de su liberalismo, acaso sin saber entonces la trascendencia que iba a tener su afirmación: "Pío IX trae el encargo de derrocar al ídolo, y de mostrar su engaño a las gentes".

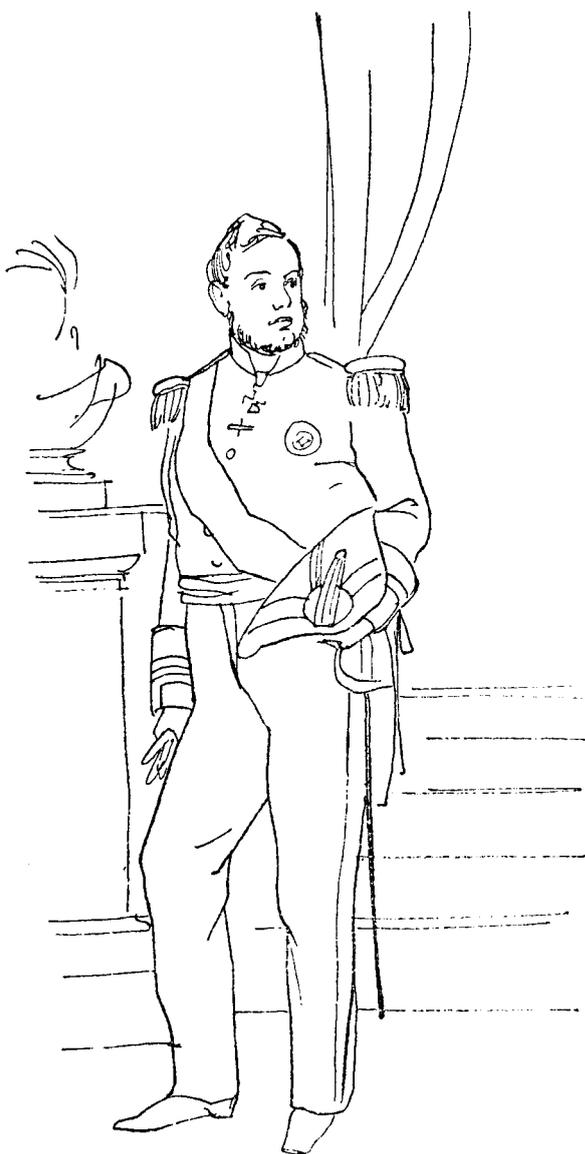
La Revolución pudo haber terminado con Pío IX, como terminó con Luis XVI y con Isabel II. Pero Pío IX estaba asistido de la divina gracia, era Vicario de Cristo, y la Providencia celestial dispuso que fuera el propio Pío IX, al que llamaron y creyeron liberal, el valladar más fuerte, el destructor impertérrito del ídolo que quería ser adorado a la sombra de la misma Iglesia.

«La Providencia nos condujo a esta ciudad de Gaeta»

Los miembros de la Comisión Gubernativa nombrada por el Papa admitieron sus cargos, tanto los que se hallaban en Roma como los ausentes de ella. Sabían la grave responsabilidad que pesaba sobre ellos, pero la aceptaron sin dudar y se dispusieron a ayudar al Sumo Pontífice en el gobierno de sus Estados, en aquellas circunstancias críticas y violentas.

El 7 de diciembre el Papa publica un Decreto prorrogando las sesiones de las Cámaras, reservándose su nueva convocatoria. Pero ni aun esta medida hizo comprender a los revolucionarios los bondadosos deseos del Papa. Desconociendo la autoridad de la Comisión presidida por el Cardenal Castracane y la concesión gratuita y magnánima de la prórroga de las Cámaras, nombraron una Junta Suprema revolucionaria. A raíz de su nombramiento el Papa dá a conocer al mundo una nueva protesta, en la que claramente expone la realidad de los hechos ocurridos y justifica su actitud, que pudo parecer liberal a ojos ilusos y fanáticos. De esta protesta entresacamos los siguientes párrafos, harto explicativos:

"...uno de nuestros primeros cuidados fué procurar la unión entre los súbditos del Estado temporal de la Iglesia, afianzar la paz entre las familias, hacer bien a todos y de todos modos, y reinar sobre un Estado floreciente y tranquilo en cuanto de Nos dependiese. Sin embargo, los beneficios de que nos esforzamos en colmar a nuestros súbditos, las tantas instituciones con las que condescendimos a sus deseos, lejos, debemos decirlo francamente, de inspirar la gratitud y el reconocimiento que teníamos derecho a esperar, sólo han procurado a nuestro corazón disgustos y reiteradas amarguras por parte de los ingratos, cuyo número quisieran ver disminuir incesantemente nuestras miradas paternales.



Fernando II, rey de Nápoles y de Sicilia

les. Nadie ignora ya cómo han sido correspondidos nuestros beneficios, cómo se ha abusado de nuestras concesiones; de qué modo desnaturalizando y desfigurando el sentido de nuestras palabras se quiso extraviar a la multitud, convirtiendo ciertos hombres aquellos mismos beneficios e instituciones en una arma para cometer los más violentos excesos contra nuestra soberanía y los derechos temporales de la Santa Sede..."

"La Providencia nos condujo a esta ciudad de Gaeta, donde, hallándonos en plena libertad, renovamos solemnemente contra las dichas violencias y atentados, las protestas que desde el primer momento hicimos en Roma..." Continúa hablando de las concesiones hechas y prosigue: "...mas, tales determinaciones de nuestra autoridad, lejos de hacer volver a la senda del deber a los perturbadores y a los autores de las sacrílegas violencias que acabamos de referir, les impulsaron por el contrario, a los mayores atentados, pues arrogándose derechos de soberanía que sólo a Nos pertenecen, han instituido en la capital por medio de los dos Consejos, una representación gubernamental ilegítima, bajo el título de Junta Provisional y Suprema del Estado... Nos obligan a levantar la voz y a protestar delante de Dios, a la faz del universo, contra tan grande y sacrílego atentado, y por esto declaramos nulos y sin fuerza ni valor legal, todos los actos cometidos a consecuencia de las violencias que en Nos se han practicado, protestando especialmente de que la Junta de Estados establecida en Roma, no es más

que una usurpación de nuestros poderes soberanos, y de que dicha Junta no tiene ni puede tener autoridad alguna...”

Y termina esta su segunda protesta, fechada el 17 de diciembre, aludiendo a la Comisión Gubernativa, instituida en uso de su legítima y soberana autoridad, y a quien corresponde, en su ausencia, el gobierno de Roma y sus Estados.

Y el Papa, en Gaeta, en medio de sus tribulaciones, recibía los consuelos de la adhesión filial de todo el orbe. Las potencias católicas le manifestaban su fidelidad y afecto, al que se unían incluso Estados no católicos. Y todas las naciones hacían caso omiso y contestaban con el desprecio de su silencio, a las exaltadas proclamas de los revolucionarios romanos.

Los miembros del Sacro Colegio escapaban de Roma, donde eran objeto de una tenaz persecución, y se reunían con el Papa en Gaeta. El Cuerpo Diplomático igualmente se trasladó a la residencia temporal del Sumo Pontífice. Así mismo hicieron muchos nobles y destacadas personalidades. Cuantos soldados del Ejército pontificio, vejados por la Revolución pudieron huir de Roma se reunieron en Gaeta para colocarse bajo el mando del General Zucchi, miembro de la Comisión Gubernativa. Como dice un historiador, resumiendo: “Roma no estaba ya en Roma, puesto que se hallaba por completo en Gaeta”.

Ahora, era necesario que Gaeta se trasladara a Roma.

<Su causa es la del orden y del catolicismo>

1.º de enero de 1894. Su Santidad publica un Decreto amenazando con la excomunión a los revolucionarios si prosiguen en su rebeldía y en su sacrílega actitud. La agitación revolucionaria llegó a su zénit. La firme actitud del clero, arriesgando su propia vida por la causa del Papa, exacerbaba el fanatismo liberal. Impotentes para impedir, por la razón o por la fuerza, la divulgación del Decreto pontificio, optaron por el escarnio y la burla para dar rienda suelta a sus pasiones.

Mes y medio después... “La serie no interrumpida de los atentados cometidos contra el dominio temporal de los Estados de la Iglesia... acaba de alcanzar su último grado de felonía en un decreto de la que se llama a sí misma Asamblea Constituyente, dado el 9 del actual febrero, declarando la dignidad del Papa destituida de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado Pontificio y erigiendo un gobierno que pretende ser de democracia pura, bajo el nom-

bre de República Romana. Fuerza nos es levantar de nuevo la voz contra un acto que se presenta a la faz del mundo con los caracteres múltiples de la injusticia, la ingratitude, la locura y la impiedad. Rodeado del Sacro Colegio y en vuestra presencia, representantes dignos de las potencias y gobiernos amigos de la Santa Sede, protestamos en los términos más solemnes contra ese decreto y le declaramos nulo así como lo hemos hecho con los actos anteriores”.

Así se expresó el Papa en la mañana del día 14 de febrero. La Revolución seguía avanzando en Roma. “Pido que la Asamblea declare que reconoce en sí la plenitud de los poderes soberanos”, había dicho Audinot en la Constituyente. Al día siguiente su petición se trocó en hecho real: al Sumo Pontífice le fué arrebatada su soberanía por un poder ilegal y usurpador. Desde aquel entonces arreció la persecución religiosa: la impiedad y el ateísmo se desataron por entero. La situación era grave.

Pero Pío IX no estaba solo. El mundo católico estaba a su lado. Al propio tiempo que éstos últimos acontecimientos se precipitaban en Roma, las potencias católicas no permanecían inactivas. Merced a la iniciativa de España se preparaba la intervención armada para restituir Roma al Sumo Pontífice.

Reunióse en Gaeta un Congreso de las potencias católicas, convocado por una nota documentada del cardenal Antonelli, en la que, después de exponer lo ocurrido en Roma, decía “haber apurado el Santo Padre todos los medios que estaban en su poder, impelido por el deber que sobre él pesa, a la faz del mundo católico, de conservar en su integridad el patrimonio de la Iglesia y la soberanía a ella aneja como indispensable para conservar su plena libertad e independencia de jefe de esta Iglesia” y pedía a las potencias “su intervención armada para librar principalmente el Estado de la Santa Sede de la facción de los miserables que están ejerciendo en él por medio de toda especie de crímenes el más atroz despotismo”. Y terminaba, después de hacer resaltar que la causa del Papa era la del orden y del catolicismo, su confianza en que su solicitud sería bien acogida.

El terreno estaba ya preparado. Las decisiones estaban ya tomadas. El Congreso de Gaeta sirvió para coordinar la acción. Roma fué liberada y Pío IX volvió a su trono. La nave de San Pedro volvió a navegar, segura y libre, desplegadas por entero al viento sus blancas velas de paz y amor. La cristiandad volvía a tener en Roma su capital.

Luis Luna.

Por la absoluta carencia de espacio material disponible, lamentamos tener que diferir hasta el número próximo la publicación del artículo titulado «La República Italiana», debido a José-Oriol Cuffi. Dicho artículo, como puede colegirse por el título, trata de algunos acontecimientos del Pontificado del Papa Pío IX a quien, según el plan que CRISTIANDAD se ha propuesto desarrollar a lo largo del año actual, hemos dedicado ya unos cuantos números.

«Vosotros, que me acompañasteis durante los días de prueba.....»

¡Ecce sacerdos magnus!

A las cuatro de la tarde de aquel día de primavera, 12 de abril de 1850, resplandeció el sol de repente, pese a haber estado todo el día velado por espesas nubes...

No podía menos que asociarse, el Astro Rey, a aquel júbilo sincero que, en la Ciudad Eterna, albergaban todos los corazones leales, ante el regreso triunfal de su Rey auténtico, del Astro y Padre de la Cristiandad, el Pontífice amado, ausente desde hacía diez y seis meses como consecuencia de los terribles vaivenes revolucionarios que había sufrido la Urbe.

Iluminado por los dorados rayos, apeóse Pío IX en plena plaza de San Pedro, pisando de nuevo la tierra de la Patria que, entonces, lo era un poco del Mundo todo, por ser el Estado de la Iglesia, sede material y geográfica de la Esposa de Cristo.

¡Viva Pío IX! Entonces sí resonaba este grito, y mejor y más lealmente que tres años antes, cuando servía de torpe pantalla a la conjura rastrera de las Sectas, en plena y redomada conspiración. ¡Viva Pío IX! Cien mil personas lo habían coreado, escalonadas desde San Juan de Letrán hasta el Puente de San Angelo; y otras cien mil lo habían repetido, concentradas en el corto espacio que separa aquel puente de la Basílica que se eleva sobre el Sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. ¡Viva Pío IX! Había hecho su entrada en Roma rodeado del mayor y más lucido cortejo que registraran los anales de la Ciudad Cabeza del Mundo, de príncipes y de cardenales, de soldados y sacerdotes, de representantes egregios de todo un Orbe que aún mantenía esencias cristianas, en una apoteosis de saívas, de banderas, de colgaduras, de delirio de parte de un pueblo que, no por inconstante, no por versátil, dejaba entonces de estar menos arrepentido de sus veleidades pasadas, y que, como el hijo pródigo, retornaba al regazo paterno al abrir sus puertas al Padre de todos, y, especialmente —allí por doble motivo, espiritual y temporal—, Padre de aquellos que ahora, contritos, le aclamaban...

Porque el Pontífice había decidido, por fin, vencido por las súplicas de los suyos, regresar a Roma. Una vez más, como Gregorio XI, abandonaba Aviñón, como Pedro, Judea. Una vez más se reintegraba a aquella Urbe, pese a sus apostasias presentes y futuras. "Domine, quo Vadis?—A Roma, a ser crucificado otra vez".

Había decidido regresar a Roma, y si había tardado en hacerlo, no había sido ciertamente por falta de deseo de verse, de nuevo, entre sus hijos: sino por la conducta tortuosa de Francia, la cual, después de haber vencido —tras no pocas ambigüedades— a la canalla revolucionaria romana, había obligado a las tropas de ocupación en la Ciudad Eterna a una política tal de claudicación y de complicidades, que impedía que el Papa Rey pudiese dignamente volver a una ciudad en la que seguían merodeando —pues ésta es la palabra— impunemente, y aún declamando en tabernas y clubs, los residuos de sus enemigos, como cubriendo la fácil retirada que se había procurado a Mazzini y Garibaldi al amparo sofisticado de aquel viejo refrán "enemigo que huye, puente de plata".

"Vuelvo como pastor, y no como vengador", repetía aquel que, antes de llamarse Pío, cuando era Monseñor Mastai Ferretti, había, tantas veces, amparado a muchos hijos pródigos a quienes perseguía, justamente, el rigor austriaco.

«In urbem reversus pastor et non ultor»

Pastor, no vengador. Y, en efecto, así era. Hasta la solicitud pontificia se había extendido a velar por aquellos dos desdichados, por el abate Spola y por el monje Gavazzi, que habían osado en la anterior Semana Santa oficiar sacrilegamente en el altar de San Pedro reservado al Padre Santo. Porque los triunviros, que se lo habían arrebatado todo, no habían aún satisfecho suficientemente su insania, y habían querido, a toda costa, parodiar hasta en su Liturgia la Sede Santa, proclamando que ellos continuaban siendo los custodios de sus esencias eternas y tradición.

"Sacerdos in aeternum", su autor, con el divino e imprescriptible y tremendo, aunque aquí indigno poder del sacerdocio, había consumado una parodia que aquí fué más que parodia. Un sacrilegio de aquellos que, glosando al gran Manzoni, podemos afirmar que ante él "I Celesti copersero il volto", había sido cometido sobre el Sepulcro Piedra de la Iglesia. Ilícita, pero válidamente, Jesús descendió del Cielo, y la Divina Víctima fué una vez más inmolada y entregada a los verdugos siendo el nuevo Judas, el sacerdote, aquel tristemente citado abate, y en un altar adornado con las mismas luces y con la misma gloria material que ostenta cuando sube a sus gradas el auténtico y augusto Vicario de aquella Víctima. Había ello sucedido, como hemos dicho, en la Semana Santa del año anterior, cuando Mazzini, Saffi y Armellini exultaban en Roma, y había sustituido al Sacro Colegio de Príncipes de la Iglesia, a la Clerecía y al pueblo fiel que cada año asistía a los Oficios sublimes y legítimos, toda la mojiganga republicana revestida apresuradamente con el oropel más improvisado. En vez de Cardenales, triunviros; en el sitio de las legítimas autoridades, los miembros de la Asamblea. Y donde se amasaba antes el pueblo cristiano, guarda cívica, y maleantes, y mujerzuelas... Pero, también, alguien más. Sí. Alguien más. Brown, cónsul de los Estados Unidos en Roma; Freeman, cónsul en Ancona... Ya hemos visto en otros números de nuestra revista que en aquellos tiempos se repetía este fenómeno, tan raro... Los representantes de los rubios y elegantísimos países nórdicos y protestantes, que en servicio de su país habían de morar en aquellos "atrasados" Estados de la Iglesia, y que desdeñaban la compañía de los purpurados, manifestaban un extraño apego hacia la hez borracha de la plebe... Y no desdeñaron de asomarse, el día de la anterior Pascua, a la "loggia" de la gran Plaza, cuando Spola como un histrión —que allí sí fué completa la comedia— se atrevió a dar su bendición "urbi et orbi"...

Pastor, et non ultor. ¡Hasta este desdichado Spola, hasta el mísero Gavazzi proveyó la indulgencia de Pío! Bien que, afortunadamente para aquellos malandrines, ya había "provisto" antes el sentimiento que nos es común a todos los vivientes, desde el gato hasta el antropoide, y que nos impele —y en este caso impulsó a la fuga—, con singular

PLURA UT UNUM

“heroísmo”, a velar por el pellejo propio... ¡La Providencia veló para que el que se llamó Monseñor Mastai Ferretti no se viese, de nuevo, y esta vez en manera singular, puesto en peores apuros por su caridad comprometedora!!!

«Vosotros, que me acompañasteis durante los días de prueba...»

¡Cuántas cosas habían, en efecto, sucedido desde aquella noche del 24 de noviembre de 1848, en la que el buen Pontífice, caliente aún el cadáver del ministro mártir Rossi, hubo de huir de sus Estados! Así lo expresó en su alocución del 15 de abril de 1850, cuando contestó, significativamente, al embajador español, Martínez de la Rosa, reconociendo así que nuestra nación había sido la primera y, asimismo, la que más desinteresadamente había reaccionado ante el despojo de que había sido víctima, y más activamente había promovido el concierto de las Potencias para reintegrarlo en su Soglio.

¡Cuántas cosas habían sucedido! Y el buen Papa parecía complacerse en cosa mejor que en revistar el cambio y reacción —por desgracia, como se vió una década después, más aparente que real— que se había producido en Europa, con la derrota, siquiera temporal, de Causas y Naciones revolucionarias. Ponía sus delicias en recordar y bendecir a todas aquellas personas fieles que en el momento de la prueba le habían asistido con su lealtad..

Figuras de la pasión de Pío IX

Con singular delicadeza, Aquél que tan gallardamente, en el momento del triunfo de las Tinieblas, aun sintiéndose Solo, supo decir “Si me buscáis a Mí, dejad ir a éstos (Joh. XVIII-8)”, ha provisto, muchas veces, que sus Vicarios, ancianos por lo común, hayan tenido personas fieles que los hayan asistido en su martirio... El que fué el más fuerte entre los Hijos de los Hombres, se ha complacido a menudo en asistir a sus achacosos Vicarios, como ya lo hizo, sobre las aguas, cuando sostuvo a Pedro que se hundía...

Su Providencia no le dejó solo a Pío. ¿Cómo podía dejar abandonado a aquél entre sus Representantes cuyo Reinado fué el más largo, y en muchos aspectos el más penoso, desde los días del Pescador? Y, como todas las almas hidalgas y agradecidas, constituía el mejor recreo del Papa Mastai Ferretti el ir recordando —y premiando, cuando estaba en su poder— a todas aquellas almas puras, pasando el rosario de recuerdos, y también de anécdotas —; es tan humana su figura!— que esmaltaron las peripecias de aquellos que ya parecían lejanos días... pero que habían aún de repetirse en 1860 y en 1870, en otros dos actos sucesivos y quizá más dolorosos si cabe, que de década en década le iban preparando las fuerzas del Averno por misteriosa permisión de lo Alto.

El «Albergo del Giardinetto»

Antes hemos expresado cuán humana es la figura de Pío IX; por ello el lector comprenderá con cuánta fruición el buen Papa recordaba a sus íntimos, entre las otras que abundaron en su huida de Roma, la divertida peripecia de su llegada a Gaeta, que le costó un verdadero disgusto al muy digno y también muy tudesco Gobernador de la Plaza, general Gross, disgusto del que fué bien inocente. Año y medio había pasado, pero la aventura estaba fresca aún...

Porque, llegado que hubo a Gaeta, siempre de incógnito, el Pontífice, acompañado del Cardenal Antonelli, se dirigió al “albergo” epigrafiado, posada de quinto orden, por cuanto, habiéndose personado todos en el Palacio Episcopal, dado lo intempestivo de la hora y por no haber podido explicar



Pío IX

su personalidad, habían sido dejados en mitad de la calle a cajas destempladas por un expeditivo portero.

Tratábase, ahora, de presentarse como simples visitantes, al General de la Plaza, con el fin de prevenir eventualidades. A tal fin —y mientras el Papa reposaba— el caballero de Arnao, castizo español que no conocía una palabra de alemán, y el cardenal Antonelli, que se hallaba en el mismo caso, hubieron de usar pasaportes del de Spaur, y pasar, por lo tanto, como plenipotenciarios de Baviera. Naturalmente, faltóle tiempo al tudesco para hablarles en el idioma propio, a lo que contestó el español, con desenfado sumamente géltilibérico, que excusase, toda vez que una ausencia “prolongada” de muchos años de la madre patria, les había, a ambos, hecho olvidar la lengua germana. Admiróse el alemán, entró en sospechas, y envió a sus polizontes al “Giardinetto”. Salió la Condesa de Spaur, egregia figura de la que se habla en este mismo número, y que era tan valiente como ducha en zalamerías, y con gentiles razones acertó a despedirlos. Creció con todo esto la zozobra del Gobernador ante el comportamiento misterioso de los recién llegados, y se presentó en persona en la posada: allí una coincidencia le dió la seguridad de que nuestro compatriota Arnao no era tal plenipotenciario de Baviera. Perdió ya con esto los estribos, sobre todo cuando le pusieron obstáculos para subir a las habitaciones de los viajeros, pretextando la indisposición de uno de ellos —del Papa—, y estuvo a punto de mandar arrestarlos a todos. Centuvóse, sin embargo, ante el evidente aire de hombres de bien de tan misteriosos personajes, y pasó la noche meditando lo que debía hacer con ellos, cuando, de madrugada, sonó el cañón y a toda prisa vinieron a prevenirle que arribaba al puerto una flotilla,

nada menos que con el real estandarte del mismo agosto señor Fernando II, Rey de las Dos Sicilias.

“—¿Dónde está Su Santidad?” Fué la primera pregunta del Monarca recién llegado ante su general tudesco, cuadrado éste, en posición de firmes.

“—¿Su Santidad, señor?” contestó éste maravillado, “¿Su Santidad? ¿Dónde queréis que esté? ¡Estará en Roma, señor!”

Y aquí le llegó el turno al Rey de admirarse más aún —prevenido como había sido por un propio del Papa sobre su llegada a territorio napolitano— de la ignorancia de su subalterno. Y la sorpresa magna del último, que se traduciría en un cortejo de tacos militares y teutónicos que hay que reconocer un tanto justificados, ya que no es obligación de ningún general tudesco el considerar verosímil que todo un Papa pueda presentarse, así, sin más, de madrugada, y hospedarse en el figón de quinta clase, “Albergo del Giardinetto”!!!

El general Gross., y tantas otras figuras. La de Fernando II, el calumniado, el “Rey Bomba”, pero digno Rey, que cuando supo—despertado a las doce de la noche—que tenía en sus Estados, como huésped y refugiado al Vicario de Cristo, lloró como un niño de gozo, y organizó en las breves horas de la madrugada toda una expedición marítima que, desde Nápoles a Gaeta, condujo su corte, en pleno, y un ajuar magnífico y completo, hasta los pies del despojado y pobre Pontífice.. Fernando II, que jamás aceptó almorzar en la mesa del Papa, su huésped, sin ponerse siempre la gola “Señor—le dijo un día, el Papa—: ¿por qué lleváis siempre la gola puesta como el último de vuestros tenientes?— “Porque soy el primero de los tenientes de Vuestra Santidad”, contestó el monarca.

Diez años más tarde, por misteriosos designios de la Providencia, la revolución arrojaba del trono a su hijo, el rey Francisco II, a quien Pío devolvió la hospitalidad recibida de su padre. Era ya la unidad de Italia.. Sesenta y cinco años después, esta unidad se comprometía por vez primera. Pasado aquel primer vendaval, Italia parecía entrar en caminos misteriosos, de Imperio... que habían de hundirse poco antes de cerrarse el tremendo ciclo del siglo que empezara con el primero de los martirios del Papa Mastai-Ferretti. Cuando aquella flotilla simbólica, la flotilla del que era entonces aún el mayor monarca de Italia, doblaba, dejando atrás el golfo de Nápoles, en rumbo a Gaeta, la isla de Ischia, no era ésta más que una isla de pescadores, que por aquellos tiempos había de inspirar a Bulwer Lytton—otro nombre estrechamente unido a la gran conjura cuya batuta llevaba Inglaterra—la composición de sus famosos “Últimos días de Pompeya”—. Hoy, Ischia, en plena desmoralización, tras la derrota, que tiene un cabo de nombre extraño—Punta Imperatore—es sede de frivolidad, y en ella acaba de

instalarse un bar. Es propiedad de una pobre viuda, que las gentes del golfo llaman Donna Rachele. Y en ella es requerido a cantar, al frente de su orquestrina, un muchacho muy joven. Se llama Romano Mussolini. Desde el bar, el “Cinchiglia”, se ven las aguas partenopeas, que ya no cruzan ni trirremes romanos, ni las fragatas del rey napolitano, ni los esbeltos cruceros que Stalin reclama, y que hace una década desfilaban delante del Führer y del Duce.. Misteriosos designios providenciales, que han permitido este vendaval de un siglo, desencadenado sobre Italia, eterno corazón del Mundo que late, vendaval que no hubiera sido desatado si todas las figuras de su tiempo hubieran sido como las de la Condesa Spaur, las del Rey Fernando II y hasta como la recia y testaruda del digno y bravo tudesco que, años después, aún se maravillaba de haber hallado un español bajo la capa de un embajador bávaro, y a todo un Papa disimulado en reverendo “monsignor” romano andante de madrugada...

Para la esposa cristiana...

Y como la de Niel, el gallardo coronel francés que fué enviado por el general Oudinot a entregar las llaves de Roma al legítimo soberano de la eterna Urbe, el Sumo Pontífice, último recuerdo, posiblemente, de aquella noble milicia de Francia—“sans peur et sans reproche”—que en mejores tiempos la hicieron digna del título de “Primogénita de la Iglesia”. ¡Si Francia hubiese seguido fiel en su misión dentro de la Cristiandad!... “He aquí un rosario”—le dijo el Papa a Niel, cuando éste, con emoción, puso a sus pies las llaves de la ciudad conquistada por unas tropas más fieles que unos jefes, y sobre todo, que un Gobierno semisectario y claudicante, que en realidad protegía la retirada de los revolucionarios más que perseguirlos—; he aquí un recuerdo para la esposa cristiana que en vuestro hogar os aguarda.” “En cuanto a vos—prosiguió, prendiéndosele en su pecho—, la condecoración, el premio al valeroso soldado.” ¡¡Cuántos recuerdos, vivos, recientes, y que, sin embargo, le parecerían ya, al Pontífice reintegrado en su solio, como lejanos, al enfrentarse, en aquel 1850, con aquella segunda parte del siglo XIX que iba a ser tan tremenda y decisiva!! ¡Viva Pío IX! Sí. Oía los gritos próximos de los leales. Pero, a través de los ventanales vaticanos, aún adivinaba, en los montes sabinos, coronados aún por las nieves postreas, fustigadas por los españoles de Córdoba, aquellas hordas fugitivas que, no por serlo, y tan despreciables, eran menos instrumento de aquellas fuerzas tenebrosas, potentes con la fuerza del Príncipe de este Mundo, y que desde el brumoso Támesis no se daban, ciertamente, por vencidas todavía.

Luis Creus Vidal

Con escasísimo intervalo de tiempo los Benedictinos han visto desaparecer a dos ilustres miembros de su Orden. Primero fué el P. Marcet, Abad de Montserrat; ahora el P. Dom Gregorio M. Suñol, cuya labor en el campo de la Música sacra viene a ser el fruto de un esfuerzo, de una vocación y de una personalidad nada comunes.

Había nacido el P. Suñol en Barcelona, el día 7 de septiembre de 1879. El 8 de septiembre de 1892 ingresó en el Monasterio de Montserrat, profesando en 1895. Sus actividades se dirigieron pronto hacia la Música sagrada y a ella dedicó la mayor parte de sus entusiasmos, tomando parte en diversos Congresos, hasta que en 1931, después de haber desempeñado los cargos de subprior y prior del Monasterio de Montserrat, fué llamado a Milán para ser nombrado Presidente de la Escuela Superior de Canto Ambrosiano. En el año 1938 Pío XI le confirió la Presidencia del Pontificio Instituto de Música Sagrada de Roma y luego Pío XII nombróle Abad titular de Santa Cecilia de Montserrat, el día 20 de septiembre de 1942. Desempeñando aquel cargo y esta dignidad, falleció el día 26 de octubre pasado.

Las Encíclicas, Cartas Apostólicas, Alocuciones, etc., representan en la Historia de un Pontificado el resumen más fiel de los problemas con que tuvo que enfrentarse y al propio tiempo una síntesis de las doctrinas y normas emitidas por la Cátedra de Pedro en el decurso de su misión sobre la Iglesia.

Así, pues, aparte de las citas que forzosamente han de acompañar todo estudio sobre los Papas y aparte también de algunas Encíclicas que por su oportunidad reproducimos en extenso, creemos útil a nuestro fin y agradable para nuestros lectores el reproducir en esta sección «Nova et vetera» una selección de los escritos pontificios del período a que nos referimos en el resto del número

Pío IX. - Documentos pontificios. - 1849-1850

Encíclica «Ubi Primum»

El 2 de febrero de 1849, refugiado Pío IX en Gaeta, dirigió a todos los Obispos del orbe la Encíclica «Ubi primum», paso importantísimo para la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción. Resume las gestiones hechas por sus antecesores e invita a todos los Obispos a dar por escrito su opinión. Obtuvo 536 respuestas afirmativas, 4 que revelaron dudas y 36 afirmativas con reservas sobre la oportunidad.

Alocución «Quibus Quantisque»

Luego, en abril del mismo año 1849, celebrada la Conferencia de Gaeta entre las Potencias católicas (1), Francia que obstaculizó el proyecto del Cardenal Antonelli se decidió a actuar por su cuenta y ocupar Roma antes que las demás potencias para «sostener la influencia francesa en Italia y asegurar a la población romana un buen gobierno apoyado sobre instituciones liberales» (del discurso de Odilon-Barrot en la Asamblea Nacional el 16 de abril de 1849). Al mismo tiempo se encargó al Embajador francés en Gaeta que exigiera del Cardenal Antonelli un manifiesto garantizando el mantenimiento de instituciones conforme a los deseos de los romanos y a las exigencias de los tiempos. El Papa no publicó tal manifiesto y en el Consistorio del 20 de abril de 1849 pronunció la Alocución «Quibus quantisque» en que resume todas las vicisitudes sufridas. Leemos en dicho documento:

«Todo el mundo sabe bien y es testigo de cuán grande fué el cuidado y la solicitud de nuestro amantísimo y paternal corazón para procurar la verdadera y sólida utilidad, tranquilidad y prosperidad a los pueblos de nuestros Estados Pontificios, cuál fué el resultado de tanta indulgencia y amor. Al condenar con estas palabras a los astutos artífices de aquellos males no queremos echar ninguna culpa a la mayor parte del pueblo. Sin embargo, nos vemos precisados a lamentar que muchos también del pueblo fueron tan miserablemente engañados que, apartando sus oídos de nuestras palabras y amonestaciones a las falaces doctrinas de ciertos maestros, que dejando *el camino recto* y marchando *por vías tenebrosas* atendían únicamente a inducir y hacer incurrir por fuerza en el fraude y en el error con magníficas y falsas promesas a los corazones y entendimientos principalmente de los ignorantes. Es harto sabido de todos con qué encarecidas alabanzas fué por todas partes celebrada aquella memorable y amplísima amnistía por Nos concedida para llevar la paz, la tranquilidad y la felicidad a las familias. A nadie se esconde que muchos de los favorecidos con aquella amnistía, no sólo no cambiaron en lo más mínimo su espíritu, como lo esperábamos, pero también insistiendo cada día con más ardor en los proyectos y maquinaciones de aquéllos, nada han dejado por intentar y acometer para derribar, como largo tiempo lo meditaban, y arrancar de raíz el poder temporal del Romano Pontífice y su gobierno, promoviendo al mismo tiempo la guerra más encarnizada a

nuestra santísima religión. Y para lograr esto con más facilidad, en nada han puesto tanto empeño como en convocar y enardecer la muchedumbre, y agitarla con grandes y continuados motines, que en gran manera procuraban fomentar y aumentar cada día a pretexto de nuestras mismas concesiones. De aquí es que las concesiones que Nos espontánea y libremente hicimos al principio de nuestro Pontificado, no sólo no produjeron los apetecidos frutos, pero tampoco pudieron jamás echar raíces, toda vez que de ellas abusaron los peritísimos forjadores de fraudes para armar nuevas asonadas. He aquí por qué, venerables hermanos, hemos determinado en esta reunión narrar brevemente los hechos y recordarlos, siquiera sea rápidamente, para que todos los hombres de buena voluntad, clara y patentemente conozcan qué es lo que quieren los enemigos de Dios y del género humano, qué es lo que anhelan, qué es lo que tienen fijo y resuelto constantemente en su alma.»

Empieza haciendo historia de sus primeras luchas con la revolución que al principio se mostraba hipócritamente sumisa al Pontífice y que pronto fué mostrándose en toda su realidad disolvente (2) y solicitando y exigiendo continuas reformas que son calificadas por el Pontífice con estas severas palabras:

«...las pretensiones y el progreso de las nuevas instituciones tan decantadas por esta clase de hombres, únicamente se encaminan a fomentar continuas alarmas, acabar enteramente con todos los principios de justicia, de virtud, honestidad y religión, y hacer que se introduzca, se propague y domine por todas partes con grandísimo daño y ruina de toda la sociedad humana, el horrendo y lamentable sistema, altamente contrario a la razón natural y a la justicia, llamado *Socialismo* o *Comunismo*.»

Así se llegó hasta aquellas tristes jornadas de noviembre de 1848 a que se refiere Pío IX al decir:

«...Pero la licencia desenfadada de las malas pasiones y la audacia, levantando más alto cada día la cabeza caminaba a pasos agigantados, y los enemigos de Dios y de los hombres, inflamados con la sed insaciable y cruel del mando, del robo y la devastación, no ansiaban ya otra cosa que acabar con todos los derechos divinos y humanos y saciar todas sus pasiones. De aquí las maquinaciones por largo tiempo preparadas que estallaron pública y desembozadamente, las calles regadas con sangre humana, los sacrilegios nunca bastante deplorados que se cometieron, y la de todo punto inaudita violencia que con nefando atrevimiento se cometió contra Nos en el palacio del Quirinal. Por lo cual, oprimido con tantas angustias, no pudiendo desempeñar libremente nuestras funciones ni como Príncipe ni como Pontífice, no sin grande amargura de nuestra alma tuvimos que alejarnos de nuestra Sede.»

A continuación refiere lo ocurrido en Roma después de su partida y se duele de los descarríos de la llamada «Constituyente Romana» en la que:

(1) Vd. CRISTIANDAD núm. 60, pág. 331.

(2) Vd. CRISTIANDAD núm. 55 y cfr. con los núms. 45 y 53, donde se estudió los manejos de las sectas en aquellos tiempos.

“...cierto abogado romano, desde el exordio mismo del discurso pronunciado ante ella, clara y desembozadamente, declaró a todos lo que él y todos sus compañeros, autores de la horrible agitación, sentían, querían y esperaban. *La ley del progreso moral es imperiosa e inexorable*, decía, y al mismo tiempo añadía, que tanto él como los demás tenían mucho tiempo hacia fija en el alma la idea de acabar de raíz con el dominio y gobierno temporal de la Sede Apostólica, por más que Nos, en cuanto estuviere de nuestra parte, secundáramos sus deseos. De cuya declaración hemos querido hacer mención ante vosotros, para que todos entiendan que no por mera conjetura o sospecha hemos atribuido a los autores de revueltas esta voluntad depravada, sino que ellos mismos, pública y patentemente la han manifestado a todo el mundo, cuando por vergüenza debieran haberse retraído de dicha declaración. No deseaba, pues, esta raza de hombres instituciones más liberales, ni una administración más útil, ni más sabios reglamentos; sino combatir, echar por tierra y acabar enteramente con el principado y poder temporal de la Sede Apostólica. Y en cuanto estuvo de su parte llevaron a cabo este intento con el decreto de la llamada *Constituyente Romana*, del 9 de febrero de este año, en el cual declararon que los Romanos Pontífices habían caído de hecho y de derecho del Gobierno temporal, cuya declaración no sabemos si arrogó mayor injusticia a los derechos de la Iglesia Romana y a la libertad del ministerio apostólico que le está unida, o fué de mayor daño y calamidad para los súbditos de los Estados Pontificios.”

Este despojo de los más legítimos derechos pontificios, como dice Pío IX, constituye la última razón del movimiento revolucionario. Esto, que a primera vista podría sólo parecer una amarga queja de la persona expoliada, debe considerarse en todo su significado: por una parte, la autoridad pontificia que tal cosa afirma “para que todos entiendan que no por una mera conjetura o sospecha hemos atribuido a los autores de estas revueltas esta voluntad depravada”, y por otra parte si recordamos las frases con que las mismas sectas en sus instrucciones o en la intimidad de sus correspondencias han expuesto sus móviles veremos que realmente era ésta su finalidad primordial. Así tenemos, para no extendernos en citas la carta de Piccolo Tigre, en 1846, que resume cuanto pudiéramos decir sobre el particular:

“...otra (victoria) hay más preciosa y duradera suspirada por nosotros tiempo ha, y vuestras cartas y las de nuestros amigos de los Estados romanos permiten considerarla cercana. Ella es el supremo fin que nos proponemos, el anhelado término de nuestros afanes, el premio apetecido de nuestras penas y sacrificios. (3)

Y no se trata de una revolución en ésta o la otra comarca, cosa que se logra siempre que bien se quiere; para dar con toda seguridad muerte al Mundo antiguo hemos creído que debía ser extirpado el germen católico y cristiano, y vos, con la audacia del genio os habéis ofrecido para herir en la frente, armado con la honda de un nuevo David, al Solio Pontificio...”

Pío IX, en la alocución que comentamos, no pasa por alto esta doctrina de error y escribe:

“En medio de estos ardentísimos deseos no podemos dejar de quejarnos y reprender especialmente a aquellos que aplauden el decreto por el cual el Romano Pontífice es despojado de toda dignidad y de todo poder temporal, y que afirman que este mismo decreto en gran manera conduce a procurar la libertad y felicidad de la misma Iglesia. Pública y francamente declaramos aquí que no nos expresamos en estos términos por ninguna pasión de dominar ni por deseo

ninguno de poder temporal, toda vez que nuestro carácter y nuestra inclinación es totalmente ajena a todo espíritu de dominio; mas el cumplimiento de nuestro deber exige que, para proteger la autoridad temporal de la Sede Apostólica, defendamos con todas nuestras fuerzas los derechos y posesiones de la Santa Iglesia Romana y la libertad de dicha Silla, inseparable de la libertad y utilidad de toda la Iglesia. Y los hombres que aplaudiendo el mencionado decreto afirman cosas tan falsas y absurdas, ignoran o fingen ignorar que por singular designio de la Divina Providencia aconteció que, al dividirse el Imperio Romano, a quien Nuestro Señor Jesucristo encomendó el gobierno y cuidado de toda la Iglesia, tuviese un poder civil con el objeto ciertamente de que, para gobernar la misma Iglesia y defender su unidad, gozara de aquella plena libertad que se requiere para el desempeño del supremo ministerio apostólico. Pues a todos es patente que jamás tendrán los pueblos fieles y los reinos hacia el Romano Pontífice plena confianza y respeto, si le ven sometido al dominio de algún Príncipe o Gobierno y que por ningún modo es libre.”

Esta misma doctrina se recogió y condenó después en la Proposición LXXVI del *Syllabus* “La abolición del civil imperio, que la Sede Apostólica posee, ayudaría muchísimo a la libertad y a la prosperidad de la Iglesia.”

Siguiendo el curso de los acontecimientos, justifica Pío IX su llamamiento a las Potencias católicas el 4 de diciembre de 1848, y añade:

“...por lo cual albergamos la esperanza de que, con la gracia de Dios, aquellas naciones, teniendo a la vista la causa de la Iglesia y de su Pontífice supremo, Padre común de todos los fieles, se apresurarán a acudir a la defensa del poder temporal de la Silla Apostólica y restablecimiento de la tranquilidad y de la paz de nuestros súbditos, y confiamos que los enemigos de nuestra santísima religión y de la sociedad civil serán arrojados de la ciudad de Roma y de los Estados de la Iglesia. Y luego que esto aconteciere, Nos, ciertamente con toda vigilancia, cuidado y empeño, procuraremos que todos aquellos errores y gravísimos escándalos sean destruidos, los cuales por extremo hemos tenido que lamentar con todos los buenos. Y ante todo, nuestro mayor empeño se encaminará a que los entendimientos y los corazones de los hombres miserablemente engañados con los sofismas, las asechanzas y mentiras de los impíos, sean ilustrados con la luz de la eterna verdad, a fin de que dichos hombres conozcan los funestísimos frutos de los errores y de los vicios, y se muevan e inflamen para abrazar las sendas de la virtud, de la justicia y de la religión.”

Quedan aquí como en esbozo los planes de Pío IX para el futuro. Las Encíclicas, el *Syllabus* y el mismo Concilio Vaticano responden a este empeño que se propone Pío IX para ilustrar con la luz de la eterna verdad a los entendimientos y corazones de los hombres miserablemente engañados.

Antes de terminar renueva las condenaciones de las sociedades secretas:

“A nadie es desconocido cuán tenebrosas y perniciosísimas sociedades han sido creadas y establecidas en diversos tiempos por estos forjadores de mentiras y propagadores de perversos dogmas, con el fin de infiltrar con más seguridad en los ánimos de todos, sus delirios, sistemas y arterías, corromper los corazones de los incautos y abrir un anchuroso camino a la penetración impune de todo linaje de crímenes. Estas abominables sectas de perdición, por extremo perjudiciales no sólo a la salud de las almas, pero también al bien y tranquilidad de la sociedad civil, y condenadas por nuestros predecesores los Pontífices Romanos, Nos siempre las hemos detestado y las condenamos en nues-

(3) Vd. CRISTIANIDAD, núm. 53

tra Encíclica de 9 de noviembre de 1946, dirigida a todos los Prelados de la Iglesia, y ahora, igualmente las condenamos, prohibimos y proscribimos”.

Y por último hace emocionante ofrenda de su vida a la justicia divina, implorando al mismo tiempo la paz de la Iglesia. Edifica más la lectura de este párrafo si consideramos el estado de ánimo en que la escribía Pío IX, desterrado ya sangrando su corazón paternal. Helo aquí:

“...Nos, descansando de todo en los investigables consejos de la sabiduría de Dios, con los cuales labra su gloria; al paso que con humildad de corazón damos a Dios las mayores gracias por habernos juzgado digno de sufrir afrentas por el nombre de Jesús, y ser en alguna parte conforme con la imagen de su pasión, estamos preparado con toda fe, esperanza, paciencia y mansedumbre a sufrir los trabajos más acerbos, los tormentos, y hasta a dar nuestra propia vida por la Iglesia, si con nuestra sangre podemos atender a las calamidades de la misma Iglesia. Pero entretanto, Venerables Hermanos, no dejemos día y noche, de rogar y suplicar humildemente con continuas y fervientes oraciones a Dios, rico en misericordia, a fin de que por los méritos de su Unigénito Hijo, libre con su omnipotente diestra a su santa Iglesia de tantas tempestades como la combaten; que alumbre con la luz de su divina gracia a todos los extraviados; venza con la muchedumbre de su misericordia los corazones de los prevaricadores, para que destruidos por cualquiera todos los errores, y alejadas todas las adversidades, vean y conozcan, todos la luz de la justicia y de la verdad, y corran a la unidad de la fe y al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. No dejemos de suplicar a Aquél que establece la paz en las altas regiones y que es nuestra propia paz, que desterrados todos los males que afligen al pueblo cristiano nos conceda por todas partes la tan deseada paz y tranquilidad. Y a fin de que más fácilmente atienda Dios a nuestros ruegos, acudamos a los intercesores, y sobre todo a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, Madre también de misericordia, que alcanza lo que solicita y cuyas súplicas no pueden ser desatendidas. Imploraremos también el patrocinio del Bienaventurado Príncipe de los Apóstoles San Pedro, y de su compañero en el apostolado San Pablo, y de todos los santos del cielo que son ya amigos de Dios y reinan con él en la mansión celestial, para que por sus méritos y por su mediación, Dios clementísimo libre al pueblo fiel de los terrores de su ira, lo proteja siempre y le regocije con la abundancia de su divina protección”.

Encíclica «Nostis et Nobiscum»

Ocupada Roma y derribada la República romana, Pío IX salió de Gaeta y se dirigió a Pórtici, cerca de Nápoles, hasta que se aclarase la actitud de Francia, según la cual el Príncipe-Presidente quería la abolición del gobierno clerical en los Estados Pontificios. El Papa no transigió y continuó en Pórtici hasta que hubo cedido Napoleón.

Desde este lugar, el 8 de diciembre de 1849, dirigió a los Arzobispos y Obispos de Italia la Encíclica “Nostis et nobiscum” para recordarles que:

“Es, pues, nuestro deber y el vuestro, Venerables Hermanos, no retroceder ante ningún trabajo, a pesar de todas las dificultades, y emplear toda la fuerza de nuestro celo pastoral para proteger entre los italianos el culto de la Re-

ligión católica, no sólo oponiéndose valerosamente a los esfuerzos de los impíos que maquinan el arrancar a la Italia del seno de la Iglesia; pero también trabajar con todo ahinco en atraer al camino de la salvación a esos hijos degenerados de Italia que han tenido ya la debilidad de dejarse seducir”.

Para ello hace una exposición de los principales peligros que amenazaban la Religión en Italia, enumerando: la Revolución, el Protestantismo, el Socialismo y Comunismo, el Indiferentismo religioso, los Escándalos, las Publicaciones impías, las Sociedades bíblicas, contraponiendo: la Instrucción religiosa de los fieles, el Celo de los eclesiásticos, el Sacramento de la Confirmación, los Ejercicios espirituales y misiones, los buenos libros y publicaciones, la Comunión y obediencia al Romano Pontífice, la obediencia a la Autoridad legítima y el gobierno justo por parte de los que manden, el debido uso de las riquezas.

Finalmente da normas sobre la selección, instrucción y obligaciones del clero secular y regular.

«Si Semper Antea»

De nuevo en Roma, pronunció Pío IX, el 20 de mayo de 1850, la alocución “Si semper antea” en que

“...habiendo de hablaros hoy por primera vez después de nuestra vuelta a Roma, nada por cierto debe ser más atendible para Nos que tributar a Dios Todopoderoso grandísimas e inmortales acciones de gracias, y dar las merecidas alabanzas a las ínclitas naciones y Príncipes que, inspirados de Dios, han merecido tanto bien de Nos y de esta Sede Apostólica, y se han complacido por extremo en ayudar y defender con sus tesoros, sus consejos y sus tropas a la Soberanía temporal de esta misma Sede, y devolver a esta ciudad y a los Estados Pontificios el orden y tranquilidad”.

Tiene frases de agradecimiento para Fernando II de Nápoles, que le acogió en sus dominios, para la nación francesa y su presidente, el Emperador de Austria, Francisco José.

“Debemos también recordar con particular reconocimiento los méritos que respecto de Nos ha contraído nuestra queridísima Hija en Jesucristo María Isabel, Reina católica de España y su Gobierno; pues como sabéis muy bien, desde que tuvo noticia de nuestras desgracias, en ninguna cosa puso tanto empeño como en excitar inmediatamente y con singular solicitud, a todas las naciones católicas a sostener la causa del Padre común, y enviar después sus valientes tropas para defensa de las posesiones de la Iglesia romana”, y aquellos otros príncipes que procuraron contribuir con su cooperación a la defensa de los derechos temporales del Papa y de la Iglesia romana. Los Embajadores de estas naciones y cada una de sus ciudades y pueblos. Los Prelados de todo el mundo católico y en especial los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, compañeros y participantes de sus desgracias.

La segunda parte de la Alocución se refiere principalmente a la detención de los Obispos en el Piamonte por no querer someterse a leyes ofensivas para la Iglesia. Es cuestión de gran trascendencia cuyo estudio reservamos para cuando se trate del período siguiente de este Pontificado, con sus luchas con el Piamonte.

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

SPES

Revista de Acción Católica

Plaza de Trencó, 1

PONTEVEDRA

Semanario
MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Número suelto 1 peseta

Precios de suscripción:

Anual . . . 45.— pesetas

Semestral . . 22.50 „

Trimestral . . 11.25 „

Extranjero: 70, 35 y 17.50 Ptas.

Cruz, 1 - MADRID

REVISTA DE MENORCA

*PUBLICACIÓN DEL ATENEO CIENTÍFICO,
LITERARIO Y ARTÍSTICO*

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PLAZA DE JOSÉ ANTONIO, 7

MAHON